

Miriam Jiménez Iriarte

Ayantek



Ayantek

Primera edición: abril de 2019

© 2019 de Miriam Jiménez Iriarte

© de esta edición, Insólita Editorial S.L., 2019

Ilustración de cubierta: © Fran Mariscal Mancilla, 2019

Corrección y maquetación: Insólita Editorial

Revisión de galeras: Antonio Torrubia

Publicado por Insólita Editorial S.L.

www.insolitaeditorial.com

IBIC: FL

ISBN: 978-84-948986-6-2

Depósito legal: B. 10186-2019

Impreso por Kadmos

Impreso en España - Printed in Spain

Se prohíbe la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su almacenaje o transmisión por cualquier medio, sin permiso previo de la editorial.

A mi padre;

(...)

Por la idea perseguida.

Por los golpes recibidos.

Por aquel que no resiste.

Por aquellos que se esconden.

Por el miedo que te tienen.

Por tus pasos que vigilan.

Por la forma en que te atacan.

Por los hijos que te matan.

Yo te nombro, Libertad.

Por las tierras invadidas.

Por los pueblos conquistados.

Por la gente sometida.

Por los hombres explotados.

Por los muertos en la hoguera.

Por el justo ajusticiado.

Por el héroe asesinado.

Por los fuegos apagados.

Yo te nombro, Libertad.

GIAN FRANCO PAGLIARO

En la ciudad de Phadag-Llungan no cuidan bien de sus muertos. Contratan a mujeres que lloran en sus tumbas y barrenderas que retiran flores secas a escobazos. Asterkia no comparte esta costumbre y acude cada ocho jornadas al cementerio. Avanza por la vía principal con un puñado de romero y un niño medio dormido. Tira de él sin mirar atrás, bajo un sol abrasador, mientras el niño chilla y se aferra a los árboles. A ella no le molestan sus gritos, tampoco a los paseantes que arrastran los pies. Ya están acostumbrados. Allí nadie se mete en asuntos ajenos y menos en los de esa mujer. Así que miran hacia otro lado y hablan sobre el tiempo o sobre la cosecha de algodón.

Asterkia camina entre los hombres. Les sonrío. Siente su bochorno. Le divierte. Dicen que es amiga de los marginados. Que le pagan cinco cobres por cuidar de aquel niño. Que es consumidora de Fuego y fornicadora. Dicen mucho y saben poco. Aquel niño es champaliano y además retrasado. Algunos han visto la cicatriz de Asterkia por debajo del ombligo. Dicen que no tiene útero y que folla como un hombre. Por eso la miran al caminar, porque lleva pantalones y pisa fuerte. Los cuchillos de sus caderas tintinean y provoca miedo y lujuria por igual. Todos quieren estar en su cama pero se apartan de su camino. Es rubia y peligrosa. Es extranjera.

La mujer impúdica se detiene frente a la verja de la entrada, junto a la muralla sur de la ciudad. Se cubre el cabello con un pañuelo deshilachado. Asterkia sabe que debe cumplir la tradi-

ción, como si ese trozo de tela sobre la cabeza pudiera absolver sus pecados. Inspira hondo antes de entrar. No quiere hacerlo. No quiere volver a llorar. Se siente tan sucia como el pañuelo que oculta su melena. Aprieta los dientes y cruza deprisa el cementerio. Los huesos crujen bajo sus pies, polvorientos y con marcas de dientes. Nadie recoge los restos esparcidos, salvo que se contrate ese servicio en el cementerio por cincuenta tríadas de cobre. Todos en Phadag-Llungan lo saben. Sin protección los zamuris desentierran al cadáver y se lo comen. La más barata cuesta sesenta cobres y funciona durante tres lunas. Después hay que volver a pagar.

Pocos se lo pueden permitir.

Ella sí. Ella pagó dos oros para grabar una protección sobre la tumba.

Asterkia se arrodilla y sopla sobre la inscripción de la lápida. Está cubierta de polvo, con incrustaciones de líquen y telarañas que envuelven las flores marchitas. Acaricia la piedra recalentada al sol, áspera como el clima de Phadag-Llungan. Sopla de nuevo. Es inútil. Hay polvo y tierra seca por todas partes. Siente la boca pastosa y tose. Sabinda nunca podrá descansar tan lejos del Azul. Ella había nacido con el frescor de la bruma, donde el viento sopla salvaje y las olas chocan contra acantilados de roca afilada. Sabinda es el nombre de una flor que crece entre las piedras, junto a la espuma del mar y las gaviotas. Cuando se trasladó hacia el sur, en la ciudad de Phadag-Llungan, el sol la marchitó.

—Te traigo un poco de verde. —Asterkia coloca en el jarrón tres tallos de romero—. Traigo también caracolas de mar. Me han costado una fortuna pero aquí están. Son para ti. Sé que con ellas escuchabas las olas y el viento cargado de lluvia y... y... Mierda, le hablo a un muerto. Por todos los Ghyldif.

—Conchas, conchas —dice el niño—. Conchas, conchas, muchas conchas.

Se abraza a las caracolas y no quiere soltarlas.

—Son para Sabinda, tu hermana, ¿lo entiendes? —Señala hacia la tumba y el niño mira sin comprender—. Crodak, pequeño, tienes que dejarlas ahí.

—¿Sabinda?

—Sí, tu hermana. Las conchas son para ella.

—¡Conchas, conchas, conchas!

Asterkia se las arrebató de un tirón y alinea las caracolas sobre la lápida con sumo cuidado. Después retira las flores secas, las mismas que dejó en su anterior visita. Eran rosas. Esta vez no tiene dinero para comprar flores. Coloca el jarrón y se incorpora. Le tiemblan las manos. Hay tierra y huesos astillados sobre la tumba, y marcas de sangre. Debe limpiarlo. Toma la escoba y levanta polvo. Sus ojos lloran. Se dice que es por el calor. En Phadag-Llungan todo es marrón.

—¡Subikan! —chilla el niño.

—¿Qué...? —Asterkia se gira y ve a Crodak con una caja pequeña entre las manos—. Déjala en su sitio, ¿cómo te atreves? ¡Suéltala!

Crodak y Asterkia forcejean. Ella escucha un click. La caja se abre y vierte su contenido arenoso. Asterkia chilla, llueve arena por todas partes. Se arroja al suelo. Ve caer los granos, ve caer sus recuerdos en una cascada removida por el viento. La arena resbala entre sus dedos y se mezcla con tierra y basura. Asterkia araña el suelo, deja marcas rojas. Quiere rescatar aquel fragmento de Champtalion. Quiere que todo vuelva a ser como antes, como cuando vivían junto al Azul. Cuando las casas eran blancas. Cuando paseaban descalzos en la playa y compraban dorada para cenar.

—Solo es arena —dice Crodak.

Asterkia no permite que la debilidad controle sus actos.

—No importa, quédate la caja. La usaremos para guardar piedras.

Crodak soríe entusiasmado. La mujer a la que llaman impúdica mira por última vez hacia la tumba y seca sus mejillas con

un gesto hosco. Eso es todo. Arañas, escorpiones y tierra seca para acompañar a la dulce Sabinda. Acabar con su vida fue lo mejor que Asterkia pudo hacer por ella.

—¿Subikan?

Crodak se abraza a la caja.

—No digas ese nombre —Asterkia resopla—. ¿Recuerdas el juego de las palabras?

—¡Sí!

—Vale, juguemos entonces. ¿Cómo se llama tu hermano?

—Nëir.

—Ese no. Vamos, sé que puedes hacerlo mejor...

—¡Chotacabras!

—¡Muy bien! —Asterkia le golpea en el hombro con fuerza—. Nunca olvides el juego, ¿me lo prometes? ¿Jugamos otra vez?

—Vale.

—¿Cómo te llamas?

—Crodak.

—¿Y tu hermana?

—Sabinda.

—Buen chico.

Crodak se aferra a la mano de Asterkia. Cruzan el cementerio sin hablar, sorteando mausoleos polvorientos y lápidas carcomidas por el sol. No hay caminos delimitados y las tumbas crecen sin orden entre la maleza. Por todas partes despuntan calaveras que miran hacia el horizonte.

—¡Soy Crodak! —chilla feliz—. ¡Mi hermano es Chotacabras! ¡Tengo su caja!

Una comitiva funeraria avanza a sus espaldas y se hacen a un lado. Crodak aprovecha aquella pausa para guardar cinco muelas en la caja. Dice que son los dientes de Chotacabras, que son de oro. Asterkia le observa desconcertada y se frota la nuca. Sabe que no podrá cuidarle siempre, que algún día morirá, que en algún momento las cosas irán mal. Abre y cierra los puños mientras se cruza con el enterrador. El empleado del

cementerio camina despacio con una pala al hombro. Le siguen cuatro hombres que cargan con un ataúd y tres plañideras de velo negro. Ocho personas en total y ninguna de ellas conoce al difunto. Los labios de Asterkia tiemblan. Sabe demasiado bien que ese será su final.

—La Voz de los Ghyldif juzgará tus pecados de Durmiente. Si eres digno hallarás descanso en Ayantek. —El enterrador escupe a un lado—. Plañideras, podéis empezar.

Las mujeres comienzan con su llanto remunerado. No durará mucho tiempo. La familia del difunto no puede pagar más palabras ni contratar a un Bendecido que oficie el ritual. Así funcionan las cosas en Phadag-Llungan. Sin dinero eres comida de zamuris.

AVACORNIS

«Los pecadores no hallarán descanso
en Ayantek».

1

—Te ha rechazado.

—¿Qué?

—Mephor, el capitán de la guardia —Dalcido carraspea.

—Pero...

Algunas cabezas se vuelven hacia ellos. Dalcido y Kora bajan la voz.

—Matrimonio hija, hablo de matrimonio.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Acabo de hacerlo.

—¡No voy a casarme! —Aprieta los puños—. ¡Digas lo que digas no lo haré!

—Quiero un nieto.

—¡Papá!

—Dos o tres.

Kora se cruza de brazos y se muerde el labio inferior.

Todos murmuran alrededor. Padre e hija avanzan tres pasos en la cola y vuelven a detenerse. No se miran. Kora no quiere quedarse allí, esperando mientras el sol trepa sobre ellos. Siente el escrutinio de los vecinos y se esconde tras los papeles del registro. Lee el listado de profesores; son cinco. Toma el de alumnos, con las nuevas incorporaciones y sus graduados. Pasa las hojas hasta encontrar el inventario del almacén. Graduados. Esa palabra se le atraganta.

Mira hacia atrás, hacia las filas de Durmientes y Bendecidos que se amontonan junto a la verja del templo. Aguardan su turno en hileras interminables, como hormigas polvorientas y famélicas. Hoy es el día de la Ofrenda y debería ser

motivo de alegría. Pero nunca lo es para ella. Siente los ojos de su padre. Se prepara para afrontar la misma pregunta que Dalcido repite día y noche.

—¿Has pensado en tu futuro? —Le dice—. Es el último año que te vas a presentar.

—Seré sanadora.

—Ya.

—¡Maldita sea! —Kora agita las manos—. ¡No me digas lo que no puedo hacer!

—Te diré lo que puedes hacer. Cásate, dame un nieto y deja la escuela.

Cada vez se vuelven más cabezas hacia ellos, algunos los señalan. Kora levanta la barbilla y aprieta los dientes. Sí, es ella, la hija inútil del director. La que no despierta su Don.

—¡No soy Durmiente!

—Kora por favor —Dalcido la sujeta por un brazo—. Deja de hacer el ridículo.

—¡El ridículo lo haces tú, que me entregas a un Durmiente! ¡Soy... soy Bendecida por los Ghyldif! ¡Mi Don despertará! ¡Lo sé!

—Cierra la boca... No grites.

—¿Te avergüenzas de mí?

Una figura enorme irrumpe entre la multitud.

Lleva la túnica pegada al pecho, con manchas de sudor bajo las axilas y en la espalda. Aquel hombre tiende un manojó arrugado de papeles y aparta a Kora de un empujón.

—El inventario de la biblioteca. Se le ha olvidado.

—Sí, sí... —Dalcido apoya su peso en el bastón—. Mi memoria ya no es la de antes.

—Yo puedo encargarme de los trámites burocráticos, mi señor.

—No.

Maese Fiacco asiente servicial y aguarda junto al director.

Cualquier otra persona no hubiera dado importancia a la conversación, pero Kora sabe lo que aquello significa. Escu-

cha a los alumnos en la escuela. Dicen que Dalcido es un borracho, que cuando muera a ella la expulsarán. Dicen también que Kora vivirá en el barrio Durmiente, que no pasará de la primera noche, que se la comerán los zamuris. Unos dicen que Thagem será el nuevo director. Otros piensan que será maese Fiacco. Y todo eso lo escucha Kora desde la cocina, mientras pela patatas y suspende un examen tras otro.

La cola avanza otros siete pasos. Una señora se abanica y las plumas del sombrero vuelan erráticas. Donde ellos se encuentran no hay árboles que den sombra y Dalcido se tambalea. Dice que tiene sed, que quiere un trago. Kora soporta las risitas de maese Fiacco con la barbilla en alto. En el día de la Ofrenda todos visten de azul y la multitud se hacina sobre mármol recalentado. Los rodean moscas como garbanzos y se mezclan Durmientes con Bendecidos.

—Qué cabeza la mía, querida. Thagem necesita el cuño de la escuela. Creo que se encuentra en la carreta grande, la de los alumnos. Ya sabes. Los Bendecidos. —Maese Fiacco sonrío—. No me mires con esos ojos de sapo, se te van a salir. Date prisa.

Kora sabe que Thagen no necesita su ayuda.

Sabe lo que maese Fiacco pretende. Quiere que pierda el cuño, que se lo roben, que no encuentre refugio al anoecer. Pero esta vez cruzará la plaza del templo y cumplirá con su misión absurda. Esta vez regresará en la misma carreta que los alumnos, no en la del servicio. Y mantendrá la compostura cuando escuche sus burlas. Porque lo harán. Así que toma el cuño y abandona la fila con decisión. Camina enfurecida mientras se mezcla entre la multitud. Kora resbala sobre hojas de lechuga. El ganado emplasta el suelo de orines y excrementos. Las carretas patinan sin remedio. Todos gritan. Todos se empujan y levantan sus puños como langostas al vapor.

Quizás no lo consiga. Quizás maese Fiacco tenga razón porque sabe que ella se perderá entre las filas. Hay muchas. La del grano, la de verduras y hortalizas, la de fruta, la de artesa-

nía y ganado y cerveza. La de Bendecidos. La fila de los cuños y la burocrática y la de mercenarios. Kora está desorientada. La arrastran de un lado para otro. Lleva la túnica enredada entre las piernas y el delantal del revés. Camina entre los mulos de carga. Camina entre sombreros de paja y abanicos. Ve a lo lejos las escaleras del templo con su balaustrada blanca. Sabe que la entrada de la plaza debería quedar a su izquierda. Muy lejos. En el otro extremo del recinto.

Un rebaño de ovejas empuja a Kora contra la verja que bordea el recinto del Templo. Allí se amontonan Durmientes y ganado. Algunos se refugian bajo la sombra de un limonero escuálido y beben agua que guardan en calabazas secas. Dalcido dice que no debe mantener contacto visual con ellos. Son como zamuris, tienen piojos y transmiten enfermedades. Pero eso ya lo sabe. Su padre la trata siempre como si fuera estúpida. Kora se pasa una mano por los labios. Tiene sed. Hay moscas por todas partes.

Un mendigo tiende sus brazos mugrientos hacia ella.

Kora se aparta y continúa por su camino. Escucha al hombre arrastrar los pies tras ella. Dice que le ofrece comida. Dice que la quiere ayudar. Que parece enferma. Kora no puede evitar sonreír. Cuando se gira encuentra al hombre con una naranja arrugada entre sus manos.

—Ábrala —susurra—. Cómasela.

Es un anciano. Podría ser su padre.

Kora mastica y el mendigo sonrío.

Aquel hombre tira de un niño encadenado y flaco, que se sienta sobre los talones y come migas de pan. Kora se aleja de ellos sin mirar atrás. Repite las palabras de su padre. Durmiente. Durmiente. Con ellos vivirás si no despiertas al Don. Durmiente. Un sonido de succión detiene sus pasos. Kora sabe que no debería mirar. Lo sabe pero mira. El anciano está arrojado con una mano hundida en su boca. Chupa con fruición las cáscaras que ella ha desechado. La saliva gotea por las comisuras de sus labios.

—¡Se lo ruego! —dice él—. ¡No llame a la guardia! Por favor, no se vaya, por favooooor...

Esta vez no tiende una naranja hacia ella. Esta vez tiende la cadena del niño, o quizás niña. Tiene una argolla oxidada en el cuello y costillas marcadas bajo los harapos.

—¡Nadie compra! —señala al esclavo—. No tengo dinero para la Ofrenda. ¡Sanadora, por favor! Acepte mi ofrenda, deme un cuño. ¡No quiero morir! ¡Sanadora!

El mendigo besa sus pies y deja restos de fruta en ellos. Le tiende un manojo de papeles. Mueve los labios. Los pellejos de su rostro cuelgan y la boca se le hunde en una barbilla desaliñada. Kora aprieta los dientes. Dalcido dice que la clemencia es para los débiles. Ella es débil. Toma los papeles y estampa el cuño en ellos, ese que maese Fiacco le ha confiado. Mira a un lado y a otro.

Nadie sabrá lo que ha sucedido.

El esclavo la sigue.

—¡Márchate! —le chilla al niño—. ¡Vete a donde quieras!

—Es tuyo —dice el viejo—. Se irá contigo.

Ahora tendrá problemas, ahora sí.

Pero aquel hombre la ha llamado sanadora y nadie la llama así. Ni siquiera su padre.

Se pone de nuevo en marcha y camina a lo largo de la verja. Kora agita los brazos. El esclavo es como un perro vagabundo al que no consigue ahuyentar. La fila avanza despacio. Al otro lado de los barrotes, por la calle principal, ve las carretas que aguardan turno. Ve una multitud de sombreros calle abajo y calle arriba. Hombres y mujeres cociéndose al sol. Gallinas y cabras y vacas tumbadas sobre paja húmeda. Moscas por todas partes. Las chicharras anuncian una tarde interminable y Kora afloja el pañuelo de su cabeza. Está mareada.

Ya nadie habla. La fila se detiene una vez más.

Por delante los Durmientes se arrodillan. Kora se une a ellos. Es la Voz. Ahora se asomará a la balaustrada, como en todas las estaciones, y saludará. Todos guardan silencio y mi-

ran en su dirección. Los pendones verdes cuelgan como cera derretida al sol. No están colocadas las sombrillas ni el toldo. Kora se mueve inquieta. El pañuelo de su cabeza se destiñe y forma surcos azulados en la nuca. Crece el murmullo. Los sombreros de paja abanicán impacientes. La Voz no se asoma.

Kora lanza un bufido y se pregunta si algo más saldrá mal.

Percibe movimiento en la zona central de la plaza.

Le llegan gritos y voces.

Hay una figura encorvada en lo alto del balcón. Dicen que sonrío, dicen que saluda con mano temblorosa. El movimiento se extiende hacia atrás y comienzan los empujones y las protestas. La Voz habla pero sus palabras se pierden entre la multitud. Kora cruza la mirada con la de muchos ojos desconcertados. Todos ven lo mismo. Vuelan tomates que se estrellan contra la pared y las manchas se desparraman como sangre.

El griterío estalla. Kora siente las carreras y los empujones que se transmiten a lo largo de las filas. Dicen que llega la guardia, que hay champtalianos, que están armados. Kora trepa a la verja y ahoga un grito cuando distingue lanzas entre la multitud. Escucha insultos y golpes de metal. Piensa en su padre. Es un anciano. No puede correr. No puede defenderse. Ve el hueco que se abre en el centro de la plaza. Ve a la guardia arrastrando a siete champtalianos. Ve su piel negra, sus trenzas, sus harapos.

Ninguno viste de azul.

Les llueven insultos y piedras. Han mancillado a la Voz. Han ofendido a los Ghyldif en el día de la Ofrenda. El capitán de la guardia mira hacia la balaustrada. Kora lo reconoce. Es Mephor, el hombre que la ha rechazado. Se arrodilla cuando la Voz reaparece. Todos se arrodillan. El representante de los Ghyldif alza un brazo y el silencio se extiende en cada rincón de la plaza. Cierra el puño que tiene en alto y golpea la palma de su otra mano. Después desaparece tras la cortina de la balaustrada. Sin hablar.

Mephor asiente con el gesto embrutecido de un buey.

Aplastará a los champtalianos.

Cumplirá su voluntad.

Kora entierra el rostro entre sus brazos. Escucha alto y claro los aullidos de dolor, el sonido de huesos rotos, de cráneos reventados. Escucha el silencio que llega como viento helado. Se abraza a los barrotes de hierro y llora sin parar. Porque es débil. Porque piensa en su futuro cuando su padre muera. Porque vivirá en el barrio Durmiente, en los mismos callejones donde se esconden los mendigos. Sin protección. Sin dinero. Y no puede detener las lágrimas porque tiene miedo, cada día, desde que se levanta hasta que se acuesta. Tiene miedo de los zamuris, de la Voz, de maese Fiacco, de vivir como una Durmiente.

No sabe cuánto tiempo permanece aferrada a la verja. Sus manos húmedas resbalan por los barrotes y se deja caer sobre el mármol. La sombra del templo crece, comienza a refrescar. Kora escucha pisadas, voces lejanas. Todas pasan de largo. Los Durmientes cargan con sus pertenencias y recogen el ganado. Se retiran deprisa, unos a pie y otros a caballo, mientras ella continúa allí, con los ojos perdidos en algún punto del horizonte. Queda poco para el anochecer y los guardias cerrarán el acceso de la plaza. Ella se quedará dentro. Sola.

—Zamuris.

Kora vuelve despacio la cabeza.

El esclavo sigue a su lado y sujeta su propia cadena.

—Zamuris —repite—. El sol se esconde.

Durante un instante decide no moverse, decide poner fin a todo.

Será rápido y su padre dejará de preocuparse por ella. No tendrá que casarse, no vivirá como una Durmiente. Nunca. Escucha gritos desde los callejones. Muchas carretas se retiran ya y los caballos galopan calle abajo. Comienza el turno de mendigos y cazafortunas, que saltan la verja para buscar comida y algún cordero extraviado. A ella la miran con recelo. Estudian su túnica de seda y su bolsa abultada. Quizás pien-

sen que lleve dinero, quizás protecciones o comida. Pero solo lleva listados para la Ofrenda. Y un cuño.

—¿Estás sola? —le preguntan desde lejos—. ¿Te han dejado aquí?

Algunos se acercan y vigilan cautos a derecha e izquierda. Kora camina rápido hacia la entrada principal. La plaza casi está vacía y un grupo numeroso se agolpa junto a la puerta que la guardia está cerrando. Escucha los insultos y ve los empujones. Kora se detiene. Ha cometido una estupidez, por allí no podrá salir. Se da la vuelta. Busca a los alumnos. Busca a maese Fiacco y a Dalcido. No la han esperado. Está sola con aquellos Durmientes. La alarma llega desde la Torre Blanca como todos los días al anochecer. El eco recorre las calles de Avacornis, primero con una campanada y después con otra.

Ya han despertado.

Las manos de Kora tiemblan.

Los gritos crecen y la multitud se arroja contra la puerta.

Los guardias se retiran. Las protecciones dibujadas en sus pechos brillan con un fulgor verde.

Kora se mira la túnica, los brazos, los anillos. No ha traído ninguna protección, ningún símbolo que brille ante la presencia de aquellos seres. Gime aterrada. Escucha aullidos desde el barrio Durmiente, desde la plaza, desde todas partes. Ha comenzado. Se dirige hacia la verja y trepa por ella. Siente movimiento en la sombra. Siente una marea negra que se acerca deprisa. Los zamuris vienen con la noche. Todos lo saben.

Kora salta hacia la calzada, el esclavo se escurre entre los barrotes. Los cascos de un caballo retumban contra el empedrado. Corren tras el jinete hasta quedarse sin aliento. Se detienen. Kora apoya las manos sobre sus rodillas. Se ahoga. Le tiemblan las piernas. Escucha portazos y cerrojos. El eco de muchos pies dispersos entre las calles. Gritos y puños aporreando puertas. Nadie abre.

—Prepárate —dice el esclavo.

Una carreta baja por la cuesta. Dos percherones resbalan sobre los adoquines en la curva y toman la vía principal. Kora corre tras ellos. La carreta se aleja rápido y una vez más se quedan atrás.

—¡Es sanadora! —grita el niño esclavo—. ¡Os pagarán en la escuela!

La carreta se detiene unos metros por delante.

Sus percherones cocean el suelo con los ollares dilatados.

Cuando Kora alcanza la carreta tiembla sin aliento. Sus cuatro ocupantes la acomodan entre cestas de mimbre y alpargatas. El esclavo sonríe. Dice que tiene hambre, que todos cenarán en la escuela. El sonido de los cascos a galope retumbaba entre las sombras. La carreta salta y parte de la mercancía cae. Kora se asoma. Ve las grupas de los percherones con sus símbolos protectores. Ve la estela azulada que dejan atrás. Ve zamuris.

Una sombra salta en medio de la calzada. El cochero chilla. Los caballos chocan el uno contra el otro. Todos brincan dentro del carro y pierden más mercancía. Muchas cestas y esterillas y zapatos. Kora mira atrás. En los rincones más oscuros emergen ojos como los rescoldos de un incendio. Las casas se juntan por encima de sus cabezas. Hay símbolos protectores iluminando cada puerta y ventana cerrada. Toman un desvío y continúan a lo largo de la muralla. Las moles oscuras de los percherones atropellan zamuris y mendigos por igual. Sus aullidos quedan atrás.

Cuando alcanzan la escuela de sanación, Kora palidece. Escucha voces al otro lado del muro. Escucha las órdenes, los gritos. Abren el portalón y Kora se acurruca mientras cruzan el patio. La puerta se cierra tras ellos con un golpe seco. Los zamuris aguardan fuera, amontonados junto a las protecciones que les impiden entrar. Y ella sabe que algún día abandonará la escuela. Sabe que vivirá en los callejones. Sabe que todas las noches luchará por su vida y que morirá pese a todo.

Kora llora en silencio. Lloro porque no lo soporta. Porque tiene miedo. Porque es una Durmiente y no lo quiere reconocer.